

PENSAR LA NUEVA GUERRA



Matanza de civiles en Sarajevo por proyectiles caídos junto al mercado principal el lunes 28-8-1995 (1996), óleo sobre lienzo de Simón Sistierra.

Ni un solo mes de paz

¿Qué es exactamente una guerra? ¿En qué cabe distinguirla de otro tipo de conflictos violentos? Son preguntas que rondan a los investigadores que han tenido que estudiar más de 200 conflagraciones bélicas desde los años cuarenta, el 90% de las cuales ha ocurrido en países en vías de desarrollo.

FERNANDO REINARES

PETER WALDMANN

Desde el final de la Segunda Guerra Mundial, apenas puede decirse que haya habido un solo mes de relativa paz. Quizá septiembre de 1945. Salvo esos días, siempre ha existido alguna contienda bélica en el mundo, ya fuese de alcance interno o internacional. Muchos expertos sostuvieron durante décadas que esos conflictos armados estaban en su mayoría relacionados con la denominada guerra fría y los consideraban una consecuencia inevitable del enfrentamiento entre las dos grandes superpotencias otorga hemisféricas, los Estados Unidos de América y la Unión Soviética. De acuerdo con esta perspectiva, el empuje técnico en la posesión de armamento nuclear les impedía arriesgarse a una confrontación abierta que aseguraba su mutua destrucción, por lo que se hostigaban entre sí incentivando rebeliones y conspiraciones desestabilizadoras de varios tipos en países o regiones ubicadas dentro del área de influencia rival. De aquí que, con la caída del telón de acero y la quiebra de los totalitarismos de inspiración marxista, parecieran abrirse nuevas posibilidades para una era de paz en el conjunto del planeta. Aunque ciertamente concluyeron algunas disputas bélicas de ámbito interno, otros casos venían a poner de manifiesto los límites de la incidencia pacificadora atribuida al emergente escenario internacional. Incluso se desencadenaron nuevos conflictos violentos en regiones del mundo hasta entonces en aparente calma.

No resulta fácil presentar un cuadro estadístico lo suficientemente preciso como para que muestre la evolución registrada por las guerras durante las últimas cinco décadas y media. En las distintas instituciones académicas donde se ha trabaja-

do sobre esta cuestión, los indicadores utilizados y los períodos de tiempo asociados difieren notablemente. De cualquier manera, se calcula que, de las casi doscientas conflagraciones bélicas ocurridas entre mediados de los cuarenta y finales de los noventa, más del 90% tuvieron lugar en países en vías de desarrollo. En tres de cada cuatro casos, se trata de guerras internas, aunque lo cual explica que un alto porcentaje de las víctimas ocasionadas, nada menos que un 85% sobre el total, fueran personas no involucradas directamente con alguno de los bandos beligerantes. Según estimaciones fehacientes, estas guerras costaron la vida a entre dieciséis y cuarenta millones de seres humanos. Además, a medida que unos conflictos armados concluyen, cada vez más empujaban otros, de modo que el número total de guerras dirimidas anualmente aumentaba de manera paulatina: 3 en 1945, 15 en 1955, 24 en 1965, 21 en 1975, 33 en 1985, 49 en 1995. Solamente en la primera mitad de la década de los noventa, inmediatamente después de que finalizara la guerra fría, se contabilizaron casi un centenar de conflictos bélicos, en los que perecieron cinco millones y medio de personas. Al mismo tiempo, durante la segunda mitad de dicho decenio, mientras que se han mantenido prácticamente invariables año tras año las contiendas armadas de alta intensidad, los conflictos violentos de relativa baja intensidad denotan un significativo incremento. Este dato, entre otros relevantes, obliga a que nos preguntemos, ¿qué es exactamente una guerra? ¿en qué cabe distinguirla de otro tipo de conflictos violentos?

Según una definición que puede ser tenida como clásica, el término de guerra se aplica a un determinado conflicto violento si éste reúne tres características básicas. Ante todo, ha de tratarse de un antagonis-

mo manifiesto de considerable magnitud, es decir, masivo, con muchas personas involucradas y un elevado número de víctimas mortales; en segundo lugar, han de enfrentarse en dicho conflicto dos o más bandos militares, al menos uno de los cuales corresponderá al ejército regular o fuerza armada que combate en nombre de la autoridad establecida; en tercero y último lugar, en ambos lados de la contienda ha de observarse cierta coordinación de las acciones militares, aun cuando se trate bien de una defensa organizada o bien de ataques por sorpresa llevados a cabo de acuerdo con un plan de conjunto mucho más amplio diseñado con antelación. Esta conceptualización clásica de la guerra es sin duda criticable. Para empezar, refleja una época reciente, pero ya pasada, en que predominaban las guerras internacionales. Sin embargo, en una amplia mayoría de los conflictos armados contemporáneos estamos ante pugnas dentro de una nación o jurisdicción estatal que en buena medida escapan a delimitaciones precisas. A veces cuesta incluso determinar con exactitud si se trata de una contienda interna o externa, porque ambas dimensiones confluyen en un mismo escenario bélico. Por otro lado, la mencionada definición exige que se produzca un cierto equilibrio mínimo entre los grupos armados enfrentados. Sin que un grupo sea capaz de defenderse sería un enfrenamiento, de acuerdo con lo sostenido por esa conceptualización clásica, considerado como guerras a las acciones violentas dirigidas contra el mismo, ya que se trataría más bien de sanciones unilaterales susceptibles, eso sí, de ser tenidas por masacres o actos de genocidio. Pero lo cierto es que, en gran parte de los actuales conflictos violentos, los bandos armados o ejércitos que pretenden combatirse mutuamente se enfrentan en realidad muy poco. En cambio, buscan al adversario en la población civil, a

Hay más de cuarenta ejércitos privados en las zonas sur y este del planeta, dirigidos por señores de la guerra que combaten por su cuenta en pos de sus propios beneficios

la que suelen oprimir y maltratar sin escrúpulos.

Para quienes todavía se adhieren a una conceptualización clásica de la guerra, lo importante es su faceta política o pública. Por eso insisten en que al menos uno de los bandos armados en conflicto ha de representar al gobierno o la autoridad estatal correspondiente. Si se omite este criterio, acaso cabría considerar como guerra cualquier contienda entre actores individuales o colectivos. Sin embargo, lo cierto es que, en muchos de los países donde existen actualmente conflictos armados, el Estado se encuentra muy menoscabado o en proceso de evidente disolución y las tropas regulares no obedecen en la práctica a sus propias autoridades. Hay probablemente más de cuarenta ejércitos privados en las zonas sur y este del planeta. Ejércitos privados dirigidos a menudo por verdaderos señores de la guerra, que combaten por su cuenta y en pos de beneficios privados. Ejércitos que pueden transformarse temporalmente en partidas de ladrones y criminales para reaparecer de nuevo en la escena pública con proclamas y pretensiones de índole política. De hecho, se observa en algunas partes del mundo un resurgimiento de la tradicional figura europea del mercenario, el cual presta sus servicios a cualquier ambicioso dirigente político que disponga del dinero suficiente como para mantenerlo y pagarle un salario conveniente. Hace tiempo que, de alguna manera, hemos dejado atrás la época en que el Estado reclamaba para sí con éxito el monopolio de la coacción física dentro de su propio territorio.

Estos tres sucintos comentarios críticos a la definición clásica de la guerra sugieren que tiene poco sentido apoyarse en un concepto de la misma que sea demasiado estrecho y dogmático. Diríase, por el contrario, que las distinciones entre unas y otras modalidades de conflicto armado, hasta hace bien poco ampliamente aceptadas, se han difuminado. Por ejemplo, una serie planificada de atentados terroristas, perpetrados sin necesidad de recurrir a componentes no convencionales por varias decenas de individuos en territorio del país designado como enemigo, puede ocasionar cotas de destrucción masiva comparables a las de una prolongada cadena de operaciones militares tecnológicamente muy sofisticadas y con miles de soldados movilizados en suelo hostil. Además de ello, cada vez resulta más difícil establecer con exactitud cuáles son las estructuras y reglas, formales e informales, que caracterizan a tales enfrentamientos armados. ¿Acaso no ha ocurrido repetidamente, a lo largo de los últimos tiempos, que ni siquiera el personal de las organizaciones no gubernamentales de carácter humanitario es respetado por los combatientes de una determinada contienda bélica interna o internacional? De hecho, si las cosas siguen por esos derroteros, asistiríamos a un número creciente de conflictos armados anónimos, es decir, fenómenos de violencia colectiva cuyo sentido y cuya función es difícil de entender porque parecen carecer de causas identificables y objetivos claros, adversarios bien definidos o normas de interacción agresiva reconocidas por las partes implicadas. Se trata de conflictos armados que tienen como único rasgo innegable a la violencia misma.

Fernando Reinares, catedrático de Ciencia Política en la Universidad de Burgos, y Peter Waldmann, catedrático de Sociología en la Universidad de Augsburg, son autores del libro *Señores de la guerra* (1996), editado por Alianza editorial.